



## ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

### UN SILBIDO EN U. S. A.

Aquel hombre de color se había atrevido a piroppear y lanzar un silbido admirativo al paso de una mujer blanca, que se cruzó ante él, en la acera de una pequeña localidad al sur del estado de Virginia. Su abogado defensor alegó cuando lo juzgaron —en camilla, por supuesto y dos meses más tarde, una vez que se hubo recuperado de la paliza que le propinaron «in situ»— que estaba totalmente borracho, pero el argumento resultó inútil ya que el procesado, nuevamente, no pudo sustraerse a la tentación de silbar a una mujer blanca que integraba el Jurado y estuvo a punto de ser linchado en el acto ante el mismo juez. A regañadientes se conformó el público —blanco, por supuesto—, con la condena a cadena perpetua. Pasados algunos años, al desgraciado le dio por silbar al paso de sus guardianes blancos, que le propinaban tremendas palizas, pero lo cierto es que las largas permanencias en la cárcel suelen originar estos dolorosos percances.

### LA HORA POSTRERA

A., en el lecho, se percató de que la única solución aceptable era rezar. Con grandes esfuerzos mentales, acertó a decir: ¡Santa Gema y San Gabriel, amparadme! Repitió la jaculatoria, que tantos sudores le había costado recordarla cien veces pues no recordaba bien si había que repetirla cien veces para ganar un día de indulgencia o bastaba con pronunciarla tan sólo una vez para ganar cien días de indulgencia. Por si acaso empleó el sistema más fatigoso... Resulta increíble la buena voluntad que es capaz de desarrollar una persona cuando cree que su última hora está cercana.

### ESCENA IDILICA

A. M. se sentía muy feliz cuando el pequeño tren le acercó a su punto de destino. Sus ojos extasiados no se cansaban de contemplar la gran pradera. Pensó que le resultaría imposible cometer una mala acción en una pradera. Un brusco frenazo le indicó que el tren se había parado. Una minúscula casita blanca con unas diminutas ventanas repletas de tiestos, constituía la estación. Fue el único viajero que descendió del convoy. Tampoco nadie montó en él. Un señor grueso y apacible tocó armoniosamente el silbato. El tren, poco a poco, arrancó. Se quedó contemplándolo mientras desaparecía en el horizonte. Como el horizonte resultaba sin fin y el tren marchaba un tanto lento, transcurrieron dos horas y media hasta que lo perdió de vista. Luego reparó en la campanilla. No resistió el impulso y se dirigió al jefe de estación que en aquel momento se dedicaba a regar los tiestos. —¿Me permite? —e indicó la campana. El señor grueso y apacible asintió con la cabeza, atento siempre a sus flores. Un alegre campanilleo resonó en la gran pradera al mismo tiempo que una flecha segaba la vida de A. M. Era la señal convenida, al plan preparado de antemano por los feroces «pieles rojas», que en número de cinco mil, atacaron sin piedad la estación y la vía férrea. En Washington, naturalmente, ignoraban dicho plan y el susodicho ataque.

NEMORINO

